

Las alas del pecado

Su voz hacía que tu alma estuviese a su merced. Querrías huir, rendirte, ceder al placer o postrarte, pero en el momento que sus cuerdas vocales vibrasen, tu voluntad estaría perdida. Yo estaba perdida, aunque no por las razones adecuadas.

Trabajar en la limpieza a bordo del Sea West no era sencillo, sobre todo, si eras mujer. Los uniformes cian eran demasiado ceñidos y las faldas excesivamente amplias, aunque aquello no era la peor parte. Lo más difícil era tratar con señores que creían que, en los casi dos mil dólares que se habían gastado en aquel crucero, nos incluían a las mucamas como parte de la diversión. Era agotador.

En las madrugadas, solía hacer una pequeña escapada a la popa. Me gustaba ver como las hélices agitaban el agua, el cómo una invención de un ser humano era capaz de luchar contra la propia naturaleza y surcarla. O quizá, quería ver como me alejaba de un matrimonio impuesto. Era desaparecer o lidiar con la histeria. Me tacharían de enferma si hablaba sobre mi insatisfacción con mi marido y que eso me pasase con diecinueve años, sería sinónimo de que mi vida se acabaría encerrada en aquella jaula llena de quilates de oro. Al fin y al cabo, aquel era el destino de una mujer en 1889. Callar y complacer.

Aquella noche del 2 de diciembre no era muy distinta al resto. Al menos, hasta que una voz rompió el silencio de mi soledad.

—¿Cuántas estrellas crees que hay en el firmamento?

Ronca, suave, profunda, delicada, segura. Intimidante.

Un escalofrío hizo que me resguardase en aquel vestido, al que le había quitado el delantal antes de salir, y me girase hacia el dueño de aquellas palabras. Su figura, oculta por la oscuridad, era esbelta y elegante. Se apoyaba con despreocupación sobre la barandilla de metal. Juraría que podía sentir sus ojos fijos en los míos, aunque fuese imposible que nos viésemos con definición.

—No las suficientes.

La noche estaba destinada a guardar los secretos de aquellas personas que se esforzaban en no mentir sin conseguirlo. Dormir era la única forma de permitirnos ser nosotros mismos. Por ello estaba allí, para esconderme un poco más antes de adentrarme en una nueva pesadilla en la que caminaba con un ramo de hortensias azules hasta un altar de cenizas.

Una pequeña chispa hizo que me sobresaltase. La cerilla titileó lo suficiente para mostrar unos ojos del color de un cielo tormentoso. Su chaleco gris estaba desabrochado, al igual que los primeros cinco botones de su camisa, y el pañuelo de su cuello ondeaba suelto hasta fundirse con el humo

que emanaba de sus labios. Sus rizos rojizos se mecían con la brisa nocturna y resplandecieron como si el fuego fuese parte de él. Y de nuevo, la oscuridad.

—Las suficientes para conocerte. Insuficientes para reconocerte.

—¿Podría explicarse? —la intriga habló por mí.

—Podrías contarme tus mayores pecados esta noche, pero no podría encontrarte a la luz del sol sin escuchar tu voz. Poético, ¿no crees?

—Creo que no hay nada de poético en el pecado, si me permite la osadía.

—Ahí te equivocas, querida. Todo se basa justo en eso. Lo que ansiamos y no cogemos por temor al qué dirán. Por eso estás aquí ¿no?

Que me tutease solo hacía que mi aversión a su tono soberbio se incrementase. Por muy adinerado que fuese, no tenía el derecho a hacerlo.

El olor a tabaco me llegó con la suave brisa y se perdió con el aroma del mar. Ya había perdido demasiado el tiempo y a primera hora de la mañana tenía muchas habitaciones que adecentar. Al pasar por su lado, no pude evitar decirlo.

—Usted no podrá reconocerme, pero el olor a los cigarrillos Ariel lo delata. En este barco solo se sirve The Young Swell.

Su figura se relajó aún más mientras una sonrisa se intuyó en sus labios. Cuando me preguntó si solo lo podría reconocer por eso, no pude evitar volver a entrar en su juego. Era liberador hablar con alguien más y que no se centrara la conversación en el trabajo, aunque esa persona llegase a irritarme.

—Reconozco que la cerilla ha ayudado. No hay muchos taheños con ojos azules en este barco. Buenas noches.

Unos dedos finos y delicados se posaron alrededor de mi muñeca. Su calidez repentina hizo que los vellos se me erizaran y retuve la respiración sin darme cuenta. Notaba su pecho a pocos centímetros de mi espalda mientras su dedo pulgar acariciaba con lentitud mis venas hasta perderse en mis nudillos y recorrer el largo de mis dedos. Se deleitó en la zona donde debería estar mi alianza. Me pregunté si sería capaz de escuchar el sonido de mi corazón.

—Dime, desconocida. ¿Cuál es tu mayor pecado?

Su susurro hizo que mi cuerpo se estremeciese. Cerré los ojos como si aquello pudiese hacer que mi lengua no se apoyase en la parte superior de mi paladar para decirle aquello que parecía suplicarme y exigirme a partes iguales. Confesar que mi nombre no era Daniella sino Meredith.

Quizá un nuevo pecado haría que mis cuerdas vocales se relajasen.

—Robar un cigarrillo a medio acabar.

Lo cogí de sus labios y tomé una calada sin permiso. Pude ver refulgir una pequeña llamarada casi inhumana en sus ojos. No le gustaba que le quitasen lo que era suyo. Su mirada me recordó levemente a algo, pero sin saber a qué. La había visto en otro lugar antes.

Me lo arrebató con una agilidad asombrosa y apoyó su mano en mi espalda mientras con la otra sujetaba mi barbilla hasta dejarme a unos centímetros de sus labios. Expulsé el humo y él lo aspiró para devolverlo de forma suave hacia los míos de nuevo. Nuestros ojos se enfrentaron a través de la pequeña humareda.

—Es caro —dijo como si aquella excusa fuese suficiente para aquella cercanía repentina.

Me alejé de inmediato. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía ser tan descarado? Me fui casi sin despedirme mientras escuchaba su risa de fondo. Risa con la que soñé aquella noche junto a pesadillas con un cielo resquebrajándose del que salían cuervos. Me desperté con una pluma blanca sobre mi almohada y fue la última noche que dormí con la pequeña ventana circular abierta.

Después de varias semanas en las que vigilaba cada esquina, asumí que se había marchado. La sensación de sus manos sobre mi muñeca permanecía enquistada, como si después de aquello, una parte de mí fuese suya. Odiaba la sensación de no pertenecerme.

La mañana del 15, al caer los primeros rallos del sol, me comunicaron el cambio de planta.

Casi al medio día, llegué al último camarote. Dejé el carrito en la esquina, para no dificultar el paso. La puerta negra con detalles dorados lo hacían distinto al resto. El número siete, recubierto de oro, resplandecía de forma que podía reflejarme en él. Tras mi reflejo, una figura de alas negras amenazantes se alzó ante mí. Sin ser capaz de gritar, me giré hacia el pasillo hasta que mi espalda topó contra algo. No había nadie. Mi corazón latía con una fuerza abrumadora mientras trataba de acompasar la respiración.

«Juraría que...»

Otra respiración acompañaba a la mía. Los músculos de mi espalda se tensaron a la vez que el pánico se abrió paso hasta instalarse en mi garganta.

—Eres demasiado osada.

El susurro de su voz fue suficiente. Me alejé con el corazón aún más acelerado. Su risa burlona era símbolo de que disfrutaba de aquel malentendido. Quise objetar, pero recordé que quizá no me había reconocido.

«Pero estuviste a unos centímetros de sus labios», me recuerda mi subconsciente.

Noté como el rubor ascendía por mis mejillas y esperé en que no lo notase, pero la pequeña carcajada con descaro me demostró justo lo contrario. Disfrutaba con hacerme sentir incómoda, de eso estaba segura.

Un escalofrío en mi espalda hizo que me pusiera alerta de nuevo. Me giré sutilmente para volver a comprobar que estábamos a solas. Cuando volví a mirarle, sus ojos azules centellearon de forma inquietante. Su sonrisa se ensanchó aún más mientras me miraba de arriba abajo. Iba con un traje de chaqueta negro en combinación con un chaleco burdeos. Verlo con detalle gracias a la luz del día era lo más parecido a una experiencia religiosa que había sentido jamás. Lo odié aún más por ello. Su mandíbula cincelada y su cabello demasiado rojizo y brillante le daban un aura onírica. Era bello, aunque su lengua viperina tratase de ocultarlo.

—Estamos solos. Tú y yo, Desconocida.

Por alguna razón, aquella certeza solo me intimidaba aún más, pero no me dejé amedrentar. Solo era un rico más con aires de superioridad. Cogí el paño con intención de entrar, ya que su habitación estaba en la lista, pero apoyó su mano en el marco impidiéndome el paso.

—Parece ser que no le hace falta mi voz para reconocirme —traté de ocultar mi nerviosismo.

—Solo me hace falta ver la marca de tu dedo anular —deslizó su dedo por los míos—. ¿Viuda? No, déjame adivinar...

¿Cómo podía haberlo notado? Aparté mi mano y reculé. Cuando me tocaba, notaba como si pudiese acceder a partes de mí que ni yo misma conocía. Como si pudiese conocer toda mi historia vista a través de mis ojos.

—Si me permite...

Traté de pasar, pero seguía inmutable y cerró la puerta tras de sí. Una pluma de color negro se coló hacia fuera y ondeó hasta caer al lado de su zapato. Las mismas alas que había visto en el reflejo tan solo minutos antes. Un nudo se instaló en mi pecho, pero me mantuve imperturbable.

—Si no quiere la limpieza debe comunicarlo al registro. Mi deber es adecentarla.

—Te estoy diciendo que tu trabajo en esta área se puede dar por finalizado.

—Y yo le estoy diciendo que no voy a perder mi trabajo porque usted no haya rellenado un formulario.

Su mirada gélida fue lo suficiente para congelarme. Me pregunté cómo alguien con un rostro tan angelical, podía ser capaz de mostrar aquellas facciones despiadadas.

Su rostro volvió a adquirir ese aire altivo que me hacía sentir como alguien insignificante.

—Meredith, le aconsejo que se marche. Ahora.

Me habría sorprendido de su cambio de registro de no ser porque mi nombre dicho por sus labios me dejó inmóvil. Ni siquiera me giré cuando pasó por mi lado. Mis manos temblaron ligeramente y los latidos de mi corazón opacaron el sonido de sus pisadas al alejarse. El número siete volvió a

reflejarme ese par de alas negras que se perdieron en la esquina derecha, al igual que él. Recogí la pluma y volví a mis aposentos sin apenas poder respirar.

Esperé durante días que me echasen de aquella embarcación, pero no sucedió.

Por otro lado, estaban las plumas que guardaba en mi mesita de noche. Ambas de un tamaño superior a la media, con un blanco y un negro que relucían con pulcritud y reflejaban bajo la luz pequeños arcoíris tornasolados. No podía ser un sueño. Quizá estaba enloqueciendo. Me llegué a plantear si la histeria era real.

A la quinta noche tras ello, no pude soportarlo más. Las mismas pesadillas, idénticas a las de la primera noche que lo conocí, volvieron y se mezclaron con el terror de ser reportada y la tormenta que arremetía de forma violenta, así que en mitad de la madrugada, pegué en su habitación. No hubo respuesta, pero aún así insistí mientras evitaba mirar aquel número.

Su rostro afligido entreabrió la puerta. Las perlas de sudor se deslizaban por su rostro a la vez que las lágrimas brotaban de sus ojos enrojecidos. Su camisa abierta estaba empapada y con los botones rotos. Antes de poder decir nada, un chillido escapó de sus labios a la vez que cayó de rodillas ante mí. Me arrodillé junto a él y posé una mano en su frente. Ardía de tal forma que tuve que apartarme a la vez que su espalda se arqueó y vi brotar un par de plumas blancas que se fundían con las negras que caían a sus pies. Se abrazó a sí mismo y la sangre brotó de sus propias uñas que hincaban en sus brazos a causa del dolor.

Sin poder soportar aquel tormento que no me pertenecía, pasé mis manos bajo sus brazos y lo ayudé a tumbarse en la cama pese al miedo que retumbaba en cada poro de mi piel. Posó sus manos sobre el hueso en forma de ala que brotaba de su espalda y lo arrancó con una fuerza abrumadora que hizo que su piel se desgarrara de tal forma que me encogió el estómago. Una vez en el suelo, estas ardieron con un fuego azulado que las redujo a cenizas. Un rayo hizo que viese la sangre que empapaba las sábanas de seda mientras su cuerpo temblaba exhausto.

Impulsada por mi instinto, busqué en mitad de la oscuridad, ayudada por la tormenta, hasta que encontré una vitrina con distintos tipos de licores. Cogí la botella de vodka a medio empezar y me acerqué temerosa a él. La cama cedió a mi peso y mi camisón turquesa se tiñó de aquel líquido rojo carmesí. Su mano agarró mi muñeca con violencia a la vez que su voz furiosa invadió la habitación para gritarme que me marchara. Reprimí las náuseas y le ofrecí la botella.

—Toma un trago. Así dolerá menos cuando lo cure.

Sus ojos azules se encontraron con los míos, amenazantes, pero pese al miedo me mantuve erguida. Aquel sufrimiento hacía que me fuese imposible marcharme por mucho que quisiese huir hasta desaparecer.

—Bebe —le exigí.

Hizo caso omiso. Desenrosqué la botella y el tapón resonó en el suelo hasta perderse en alguna parte. Ingerí parte del líquido, que quemó mi garganta, para ganar valor y con la otra parte, cogí sus mejillas ante su sorpresa y posé mis labios sobre los suyos para obligarlo a ingerir el alcohol. Sus labios eran cálidos y un poco ásperos y la barba que no se había afeitado hacía cosquillas en los míos. Cuando me aparté, rompí un trozo de tela de mi camisón y lo coloqué en su boca para acto seguido despojarme de él y quedarme en otro fino que apenas cubría mis muslos y mi escote. Derramé sobre la herida el resto del alcohol. Su cuerpo convulsionó y con la prenda presioné con fuerza sobre ella. Sus gritos se perdieron sobre la almohada y la tela que mordía.

—Tranquilo, todo saldrá bien —acaricié su cabello sudoroso en un intento por tranquilizarlo, aunque quizá trataba de hacerlo también conmigo misma.

—Es por tu culpa. Por tu maldita culpa —apenas susurró.

Cuando su cuerpo se relajó, traté de marcharme sin hacer ningún ruido. En el momento que mis pies tocaron el suelo, su mano se volvió a cerrar alrededor de mi muñeca.

—No te marches. Mi pelo, vuelve a...

Deslicé mis dedos temblorosos por sus rizos antes de que terminase la frase. Su voz sonaba como la de un niño asustado. Me tumbé a su lado y lo hice. Le di toda la protección que yo necesitaba en aquel instante.

En algún momento de la noche, su respiración se volvió profunda y su rostro se hundió en el hueco de mi cuello. Su aliento cosquilleaba en mi piel y despertaba en mí una corriente que amedrentaba al miedo. Lo hacía casi desaparecer. Los párpados me pesaban y me dejé sucumbir al sueño cuando sus brazos rodearon mi cintura.

«Quizá solo sea una pesadilla».

Amanecí con una chaqueta por encima y con las sábanas limpias. No había rastro ninguno de sangre o mi camisón.

La habitación era muy distinta de lo que había imaginado. Diferentes tipos de cuadros adornaban una estancia decorada con el lujo del oro y el azul ultramar, un pigmento que incluso valía más que lo anterior. Esta persona debía tener cantidades de dinero desmesuradas si podía permitirse todo aquello. Parecía más un hogar que un camarote de una embarcación de lujo.

El corazón se me encogió al verlo apoyado sobre el escritorio, con un vaso de whisky que posó de forma lenta sobre sus labios. Recordé mi osadía de la noche anterior y sentí como mis mejillas se teñían de rojo. Me puse su chaqueta, aunque mis piernas seguían desnudas. De pronto, caí en la cuenta al volver a ver sus ojos.

—Lucero. El ángel caído.

Su copa estalló en sus manos y la sangre brotó de ellas. Me quedé inmóvil, como si cualquier movimiento pudiese matarme. Una mueca en sus labios me hizo retroceder hacia el lado opuesto de la cama, como si esta fuese barrera suficiente.

—Dilo. Di el último apodo —su voz sonaba suave, pero invadía cada centímetro del lugar.

—Lucifer.

Había visto ese cuadro en uno de los viajes a Francia con mi marido. La primera vez que vi aquella pintura, me compadecí de aquella mirada rebosante de traición e ira. ¿Me estaba planteando que eso era verdad? No tenía ni un ápice de duda. Lo único que no me hizo perder la cordura, fue ver a los pies de la cama un reguero de alas negras que se mezclaban con algunas blancas teñidas de pequeñas gotas escarlata.

Si aquello era verdad estaba ante...

—Aunque mi favorito es “el Diablo” —sonríó con desdén.

Una gota de sudor frío recorrió mi espalda. Se acercó con paso lento. Quería dejarme claro que yo era la presa y él el depredador. Cogió un mechón de mi cabello y lo acarició entre sus dedos. Tragué saliva con dificultad.

—Con la luz del sol tienes pequeñas betas color caramelo, como en tus ojos —mi silencio le hizo preguntar lo evidente—. Dime, Meredith ¿qué vamos a hacer al respecto? —su sonrisa sonó más como una amenaza.

«Si me quisiera muerta, ya lo estaría».

—Yo seguiré llamándome Daniella y usted seguirá siendo quién finja ser.

—Anoche me tuteabas. Estabas de lo más atrevida —miró a mis labios.

—Si me permite, debo volver a mi trabajo —tragué con dificultad.

Traté de pasar por su lado, pero me retuvo por el hombro. Su aliento en mi oído hizo que una lágrima temerosa se deslizase por mi mejilla.

—¿No tienes miedo, Daniella?

—Hay cosas que asustan más que el mismísimo diablo.

Me dejó marchar.

Los siguientes días, viví en una mentira autoimpuesta. Fingí que no había pasado nada, pero al llegar la noche. Era incapaz de dormir más de un par de horas. Los estragos fueron haciendo mella hasta que llegó el día que me desvanecí en mitad del pasillo, pero unos brazos me atraparon antes de llegar al suelo. Me desperté horas después en el camarote número siete, con unos brazos que me sujetaban con firmeza mientras otra respiración acompasada residía a mi lado. Estaba plácidamente

dormido. Sus ojos se abrieron de repente y el miedo en mi mirada hizo que una sonora sonrisa brotase de sus labios.

—Buenas tardes, Daniella. ¿Has descansado bien?

Intenté apartarme, pero cogió mis muñecas con una de sus manos y me inmovilizó. Su rodilla se apoyó entre mis piernas y su rostro se acercó peligrosamente al mío. Los latidos de mi corazón resonaron en mis oídos.

—A partir de ahora dormirás aquí.

—¿Disculpa?

—No puedes dormir y por tu culpa yo tampoco. Insisten en salir una y otra vez pese a que las arranque. Lo mínimo que puedes hacer es curar mis heridas.

—¿Y por qué es mi culpa? —no pude evitar mostrar mi enfado.

—No lo sé, pero pasa desde que te conocí.

—Desde luego eres el pecado de la soberbia.

—¿Te das cuenta que podría acabar contigo en una milésima de segundo?

—¿Y tú te das cuenta de que si necesitas ayuda solo tienes que pedirla?

Nuestras miradas se enfrentaron y me soltó con desprecio. Me miró por encima del hombro antes de exigirme estar en su camarote al caer la media noche. No lo hice.

Los golpes resonaron en mi puerta y me negué a abrir hasta que otro gritó desgarrador unido a una súplica resonaron en el pasillo.

—Meredith, por favor ayúdame.

Aquellas palabras sinceras me hicieron ceder, así que lo metí en mis aposentos.

Sus lágrimas eran lo más hermoso que había visto en mi vida, aunque fuese una desconsideración romantizar su dolor, pero había algo en sus ojos y en su voz que te dejaba prendada. Entendías por qué se trataba del Lucero del alba.

Aquello se volvió lo habitual. Comencé a frecuentar su camarote para ayudarle con aquella tortura que le sucedía cada madrugada. En algún momento, dormir a su lado era lo único que me permitía descansar. Quizá porque dejé de tener miedo y él dejó su arrogancia a un lado.

Apenas me paraba a pensarlo, por temor a asumirlo, pero era un hecho irrefutable que Dios existía. Al morir, ¿podría ascender a su reino, o, habría pecado lo suficiente para bajar al infierno? Estar con Lucifer por la eternidad ya no me parecía tan mala idea.

—¿Qué te preocupa?

Sus manos marcaron el contorno de mi espalda mientras las mías acariciaban sus rizos. Estas caricias eran las que nos ayudaban a descansar.

—Eras su favorito. ¿Por qué revelarte?

Sus manos se detuvieron y su cuerpo se tensó. Nunca me atreví hasta ese momento a preguntar sobre su naturaleza. No esperaba una respuesta por su parte, pero aún así, lo hizo.

—No soy lo que vuestra biblia cuenta. Discutí con mi padre porque queríamos probar la libertad de la vida humana. Jamás he arrebatado una vida ni he obligado a nadie a hacer algo que no quisiese. La tentación y el pecado es algo que creasteis los propios humanos.

—¿Por ello te desterraron?

—Creía que podía hacerle frente. Que podría ser mejor que él. Nos concedió el deseo junto a un par de alas negras que jamás podrían volver a volar. Un castigo disfrazado de oro.

—¿Cómo se siente volar?

—Ya ni lo recuerdo.

Me dejé llevar por mis instintos y me abracé a su pecho. Sus músculos tensos no tardaron en relajarse y me sorprendió cuando me devolvió aquel gesto. Acaricié la zona donde estaba la cicatriz y, por primera vez, vi sus alas negras. Las acaricié con vehemencia. Eran idénticas a la que aún guardaba en mi mesita de noche. Igual de hermosas que las blancas.

Lucifer cortó el contacto y sus ojos atraparon a los míos.

—No puedes hacer eso —susurró a escasos centímetros de mis labios.

—¿Por- por qué?

Sus manos se posaron en mi mejilla. La yema de sus dedos eran suaves y trazaron círculos a lo largo de mi pómulos hasta alzar mi barbilla.

—Es algo muy íntimo para los ángeles.

Nuestros rostros se acercaron y cerré los ojos a la espera. La cama se hundió y sus brazos desaparecieron de mi cintura. Plegó sus alas hasta volver a adentrarlas en su piel. Era fascinante.

—Creo que deberías marcharte.

Dolió, pero lo hice. Una vez de vuelta a mi habitación no pude conciliar el sueño. Echaba de menos su contacto y mis pesadillas se convirtieron en sueños en los que sus labios eran los protagonistas.

Pasaron semanas sin volver a saber de él. El 31 de diciembre, un precioso vestido de seda roja reposaba sobre mi cama junto a una tarjeta:

Contemos estrellas en el baile de fin de año.

Lucifer

Al llegar al gran salón decorado para despedir el año, me pregunté si Lucifer se fijaría en mis labios burdeos o en mi cabello ordenado con una horquilla dorada.

Entró en la estancia y solo se podía escuchar el sonido del piano. Todas las miradas repararon en su belleza. Vestía un traje con un color idéntico al mío y no pude evitar ruborizarme. De aquella forma pareceríamos una pareja.

Tendió su mano hacia mí. Ahora yo era el centro de atención y los cuchicheos se esparcieron por la estancia.

—¿Me ofrece este baile?

—Que cortés se ha vuelto, mi señor —hice una breve reverencia ocultando mi risa.

—No se acostumbre, Danielle. Tengo una reputación que mantener —me sonrió.

Y bailamos. Bailamos hasta que sus manos en mi piel levantaron cosquilleos que hacían que mi corazón latiese de una forma nueva y desconocida. Hasta perderme en sus iris azules que, desde hacía poco tiempo, parecían un cielo en calma. La tempestad lo había abandonado.

Los aplausos y el champán impregnaron la sala. Daba comienzo el año 1890 y nosotros salimos pese al frío a contar estrellas. Su chaqueta cubrió mis hombros. Encendió un nuevo cigarrillo y yo me apoyé en la barandilla disfrutando de las pequeñas gotas de agua que de vez en cuando me rozaban la piel.

Cuando abrí los ojos, me estaba mirando de la forma más especial que jamás habían hecho.

—Eres preciosa.

—¡No bromees!

—Meredith, te juro por el infierno que no bromeo.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y se puso frente a mí. Mi mirada subió temerosa y en aquel momento me di cuenta de lo que más ansiaba.

—Dime, Meredith. ¿Cuál es tu mayor pecado?

Su voz me acarició con una dulce promesa. Esta vez no puse resistencia y dejé que mi lengua hiciese el recorrido hasta articular las palabras.

—Enamorarme del Diablo.

Cuando sus labios se unieron a los míos sentí como si mis pulmones cogiesen aire por primera vez. Sus dedos acariciaron mi cuello mientras los míos se aferraban a su chaleco como si después de aquello pudiese caerme al mismísimo infierno.

Nos miramos como si fuese la primera vez.

—¿Por qué no volviste? Te añoré —apenas susurré.

—Porque ya era demasiado tarde. No puedo arrancarlas por mucho que lo intente.

Sin entenderle, me llevó a su camarote. Aquel era el único lugar donde podía ser él mismo. Desplegó sus alas completamente blancas, a excepción de una única pluma negra que aún reinaba en la copa.

—Hay una parte más de la historia. Llegaría la redención si algún día quería a alguien más de lo que me quise a mí mismo. Mis alas volverían y con ello... Tendría que abandonar la tierra.

La última pluma negra cayó a sus pies y tras ella, nació una completamente blanquecina. Su cuerpo emitió un leve destello dorado. Era un ángel. El ángel más hermoso que había existido.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla ante la inminente certeza de que era la última vez que lo vería.

—Eso no es la redención, sino un castigo.

Abracé su cuerpo que ahora transmitía una calidez embriagadora. Durante toda la noche, nos transmitimos amor de aquella manera que solo dos amantes podían hacerlo. Piel con piel. Latido con latido. Mis manos acariciaron sus alas mientras me hacía el amor como prueba de nuestro mayor pecado.

—Algún día, quebraré mis alas solo por ti, Meredith.

—Y yo te esperaré, Lucero.

Cuando desperté, ya no estaba a mi lado. Una pluma junto a una nota adornaban la almohada:

Serás la favorita de Dios.

Lucero

La atesoré sobre mi pecho y sonreí.

Volvería. El Diablo siempre cumplía sus promesas.